

Agenda

CONFIDENCIAL

Luis Soto

■ Orden, mucha gente en el ruedo

Entre otras muchas cosas que los políticos del siglo XXI mexicano podrían tomar en cuenta, está la experiencia acumulada de quienes gobernaron este país.

No todo lo pasado se reduce a politiquerías, ineficiencias, abusos de poder, compadrazgos, enriquecimientos ilícitos y corruptelas. También se pueden encontrar ejemplos de sobriedad, serenidad y buen juicio de varios presidentes de la República (no importa que hayan sido priistas). Uno de esos hombres, a quien sus aliados y hasta sus adversarios le reconocen sabiduría política y honestidad, fue Adolfo Ruiz Cortines, quien gobernó de 1952 a 1958, después de Miguel Alemán Valdés y antes de Adolfo López Mateos. Decía don Adolfo "El Viejo":

"La palabra presidencial debe ser muy pesada, muy meditada, muy analizada, muy bien dicha, muy de vez en cuando y con un sentido definitivo, porque tiene una gran importancia. La palabra presidencial debe ser escuchada por todos con mucha atención y tomada verdaderamente en serio y, sobre todo, debe ser la última que se tenga que decir sobre los acontecimientos importantes en la vida política del país."

Viene a la memoria la frase, porque es cada vez más frecuente que el presidente Felipe Calderón se sienta obligado a hacer declaraciones sobre casi

todos los temas de la agenda nacional y, lo que es todavía peor, a hacerlo sin la suficiente meditación y reflexión. Uno podría preguntarse si los funcionarios a cargo de las diferentes secretarías o sus subordinados no serían los indicados para hacer declaraciones y fijar las posiciones del gobierno federal en los asuntos relacionados con la

esfera particular de su competencia, para así permitir que el jefe del Ejecutivo tuviera el derecho de pronunciar la última palabra sobre cualquier asunto, como recomendaba don Adolfo Ruiz Cortines.

Estamos viendo desde hace varias semanas que Felipe Calderón habla de todo, fija posiciones sobre todo y pronuncia discursos a propósito de todo. Eso lo deja expuesto a problemas sin fin, y le impide la posibilidad, en un caso dado, de enmendar el rumbo de sus pro-

pias declaraciones. Cuando el que declara es él mismo, ya no hay marcha atrás: si acierta, qué bien; si falla, qué mal, pero en este caso ya no hay manera de resolver la cuestión.

En el reciente asunto de los señalamientos de Dennis Blair, director de Inteligencia Nacional del gobierno de Estados Unidos, sobre la supuesta falta de control total del gobierno mexicano sobre el territorio nacional, y la afirmación de que partes de ese territorio se encuentran bajo el dominio de la delincuencia organizada, el presidente Calderón no se dio tiempo ni siquiera para reunir a los miembros del gabinete, a quienes les corresponde el asunto, para analizar, sopesar, evaluar el tema y tomar

la mejor decisión, que no sería,

sin duda, que el presidente de la República saliera de inmediato —como salió— a lidiar ese toro.

¿No podría haber hecho alguna declaración un funcionario de menor rango de la Secretaría de Relaciones Exteriores, por ejemplo, ni siquiera la titular, sino tal vez un subsecretario o un director general? ¿Por qué rebajar al presidente de la República para responder el señalamiento de un funcionario extranjero de segunda o tercera fila?

Y otra cosa: si el presidente se adelantó a declarar sobre ese caso, ¿qué falta hacía que también lo hiciera el secretario de Gobernación —político que ni siquiera tiene mecha—? Hubiese sido más lógico que primero brincara al ruedo don Fernando Gómez Mont, le diera dos o tres capotazos al burel, midiera la embestida, comprobara las condiciones del animal como lo hacen los buenos subalternos, y después se metiera al burladero más cercano para dejar que su matador realizara la faena al grito de: "¡Dejadme solo!"

Pero no. En el caso de las acusaciones del minifuncionario estadounidense, los subalternos se taparon —o sea, se

Estamos viendo desde hace varias semanas que Felipe Calderón habla de todo, fija posiciones sobre todo y pronuncia discursos a propósito de todo. Eso lo deja expuesto a problemas sin fin



Fecha 13.03.2009	Sección Política	Página 42
----------------------------	----------------------------	---------------------

quedaron detrás de tablas—, el toro dio la vuelta de rigor al ruedo buscando pelea, y entonces el mismísimo matador en persona, la figura del toreo, cogió su capote, se arrancó al encuentro del toro y comenzó a torearlo como si estuviera calmado sus ansias de novillero, o mejor dicho, como si él fuera un simple espontáneo.

Ante este desolador y preocupante escenario político-taurino, los buenos aficionados a los toros y a la política—no los villamelones— gritan con conocimiento de causa, como cuando la corrida se convierte en un erradero, hay demasiada gente en el ruedo y todos hacen lo que quieren, lo que pueden o lo que se les ocurre: ¡Orden! ¡Mucha gente!

Agenda previa

El que estuvo a punto de “atorarse” con unas llamadas de margen para garantizar un crédito cercano a los 300 millones de dólares, fue el Grupo Maseca, cuyo propietario es Roberto González Barrera. Resulta, dicen los enterados, que el Banco Nacional de Comercio Exterior le otorgó un financiamiento a Gruma hasta por la cantidad señalada (millones de dólares más, millones menos) con garantía de acciones de Grupo Banorte. Todo iba

bien hasta que a Banorte “le cayó el chahuixtle”: sus acciones con las que había garantizado el crédito se fueron a la lona, por lo que el FIRA (que finalmente fue la institución que soltó los millones de dólares) solicitó a Banorte que cubriera la llamada de margen. Los de Banorte respondieron que “no tenían cash” ni acciones disponibles. FIRA amenazó con ejecutar garantías, pero finalmente no lo hizo porque Banorte solicitó una prórroga de dos meses para cubrir la llamada de margen. ¡Y qué creen, lectores!, pues que le dieron la prórroga. ¡No, hombre, ésa sí que es suerte!

El director general de la Comisión Federal de Electricidad, Alfredo Elías Ayub, pasará a las páginas de la historia de este país por haber contribuido en la construcción de dos de las más grandes obras de infraestructura en el siglo XXI: La hidroeléctrica El Cajón, en el sexenio pasado, y La Yesca, en donde el miércoles se iniciaron los trabajos de construcción de la cortina de la presa. La Yesca representa una inversión de 767 millones de dólares y durante su construcción se crearán más de cinco mil empleos. La obra se terminará en 2012. ☒